

# Martí, una ansiedad

**E**N MIS CARPETAS YACEN ACUMULADOS ALGO MÁS DE 3.000 poemas escritos consecutiva y machaconamente en los últimos veinticinco años.

Sólo recientemente, me he visto obligado a preguntarme por qué, entre tanto lenguaje y tanta palabra, y tal vez entre tanta palabrería, entre todos esos versos llenos de recuerdos, detalles, invención y falseamiento, búsqueda de oxígeno y ahogo continuo entre las miasmas del fracaso ulterior de toda expresión, que por feliz que sea, jamás alcanza su sueño y cometido, por qué, repito, rara vez, y en verdad rarísima vez, aparece el nombre de José Martí, incluso su velada y amantísima presencia.

Sólo recuerdo, entre tantos poemas, su mención en uno de los primeros textos por mí publicado en la sección titulada “Por la libre”, que forma parte de mi penoso segundo libro de poemas, que compartí con otro poeta, y que lleva como título *De Chepén a La Habana*. Hay un verso del primer poema de la sección que en dicho libro me corresponde, que dice: “Tú y yo tan rara vez hablamos de Martí”. El “tú” está referido a mi hermana Sylvia, vuelta, pobrecita, sujeto poético. En una antología de mi trabajo que publicara FCE en 1983 con el título de *Bajo este cien* (contiene cien poemas), hay un poema al final de la sección titulada “Álbum de familia”, cuyo título, el del poema, es “1940: final”. En ese texto hay un verso en que se alude de la forma más velada y alejada que se pueda imaginar, por segunda y última vez, que yo recuerde, a la figura de Martí. El verso dice: “como un abuelo que conversa detenidamente con los tres héroes grandes fin de siglo que dio la patria”. Cualquier cubano reconocerá al instante a esos tres héroes: Martí, Maceo, Calixto García; cualquier cubano sonreirá maliciosamente al leer la expresión “fin de siglo” pues le recordará, más que otra cosa, una famosa tienda por departamentos de La Habana de los años 40 y 50.

Más de 3.000 poemas, miles y miles de versos, cientos de miles de palabras, y sólo dos menciones, una de ellas veladísima, a Martí. Obligado a plantearme esta situación he tenido que llegar a la extraña conclusión de que *me he*

José Kozér

*pasado toda la vida evitando a Martí. ¿Por qué? ¿Por qué soslayo y esquivo a una presencia viva, amada, señora, inigualable, que signa y marca, casi como una utopía, y a la vez, como paradigma humano y palpable, la historia de mi país?*

Hay razones superficiales, creo. Ahí están los tediosos e insoportables actos cívicos de los viernes por la mañana en el colegio; había que empujarse durante más de una hora, en fila india, hileras e hileras de estudiantes vestidos con uniforme blanco de gala, los discursos en homenaje a Martí el Apóstol, encendidos discursos de abominable retórica, cuya función verdadera no era hacernos conocer ni amar a Martí, sino obligarnos a reconocer la magnífica facilidad de palabra del orador de turno, y la extraordinaria verba, pura verborrea, de quien todos los viernes se exaltaba discurséndonos y martillando nuestras cabezas jóvenes con salivazos y palabras de no menos de siete sílabas cada una: a este sempiterno orador que durante años, todos los viernes intentó aleccionarnos y conmovernos hablando del Apóstol José Martí, nosotros apodábamos TOMATÓN.

La descarga duraba veinte interminables minutos en que había que aguantar las ganas de estallar en carcajadas, mearse de risa. Luego venía el desfile de banderas, la recitación de versos sencillos, la entrega de flores blancas ante el busto del Apóstol, situado al fondo del patio del colegio: luego, por fin, llegaba el rompan filas, la subida a los salones de clase, la libertad de sentarnos, desembarazándonos los tímpanos de aquel fárrago pomposo, desequilibrado y atormentante de palabras.

Éramos libres, y el pobre Martí descansaba de nosotros, asimismo liberado.

Esta escena que describo, si se quiere a modo de emblema de una situación nacional, en un país que adolece del mal de la palabra pública, y en un país que, en mi opinión, desfallece abrumado de palabras, y que, dicho en pocas palabras, *tiene un verdadero problema de palabras*, explica sólo superficialmente mi esquivia relación con Martí.

Creo que hay algo más profundo que me ha hecho evitar su nombre y su figura a través de una escritura de años. Intentaré, ahora, hurgar un poco en esa razón menos episódica y más profunda. Para ello, debo retrotraerme a mi infancia. Hay un punto de esa infancia en que leo. El *tolle lege*, la entrega del libro al niño, en mi caso, procede de mi madre. Un día recibo la tierna y sabrosa imposición de leer de parte de mi madre, que me regala, en una tarde del verano habanero, tres libros: *Robinson Crusoe*, *Los cazadores de ballenas*, la *Obra Poética* de José Martí. El *Robinson Crusoe* me lo leo de cabo a rabo de un tirón y, cosa curiosa, al terminar su lectura, vuelvo a la primera página del libro y lo releo, en segundas. Acto seguido, embalado, me disparo a la ligera el libro de aventuras titulado *Los cazadores de ballenas*, con sus barcos balleneros, témpanos de hielo, caza y aprovechamiento de los cetáceos capturados; fríos y polo norte, peligros y victorias. Nada del otro mundo, y todo en un lenguaje convencional.

Y luego, Martí. Leo, me imagino leyéndolo, echado en la cama del cuarto de dormir de una casa de la calle Estrada Palma, de pronto leyéndolo en voz alta. Tal vez declamándolo un poco, los ojos aguándoseme, las palabras y la pasión ética intuida e implícita en aquellas palabras, resonando por la habitación.

Son las tres de la tarde, las persianas dejan filtrar un poco de luz y calor, en sombra leo: “No es la vida / Capa de mago que el capricho torna / En hiel para los míseros, y en férvido / Tokay para el feliz”. ¿La vida, capa de mago? ¿Capricho es hiel? ¿Férvido? ¿Y qué es eso de Tokay?

Mi mundo ha cambiado, mi mundo ha dado un giro de 180 grados. José, mi tocayo. Martí, un apellido de origen judío, sefardita (eso, por supuesto, lo descubriré después), un apellido diferente, como el mío, judío también, sólo que ashkenazi, apellido donde falta el acento que mi padre, pobre, judío polaco emigrante con veinte años a Cuba, no supo poner, y que hace de mí, indistintamente, un Kózer o un Kozer. Me he identificado con mi tocayo José Martí, eso es seguro. La identificación, esa conspiración de dos, ese guiño de ojo entre los dos del mismo nombre y misma bíblica resonancia, de ahora en adelante me obliga. Me obliga a querer ser como él, ser en última instancia él, yo quiero ser José Martí, y para serlo hacen falta dos cosas: el lenguaje total, como conocimiento total y total vivencia, y un sentido ético de la vida cuyo carácter cotidiano es absoluto y espiritual a un grado máximo. “El arte (dirá Martí) es una forma de respeto; pero cuando se le exagera, es una falta de respeto”.

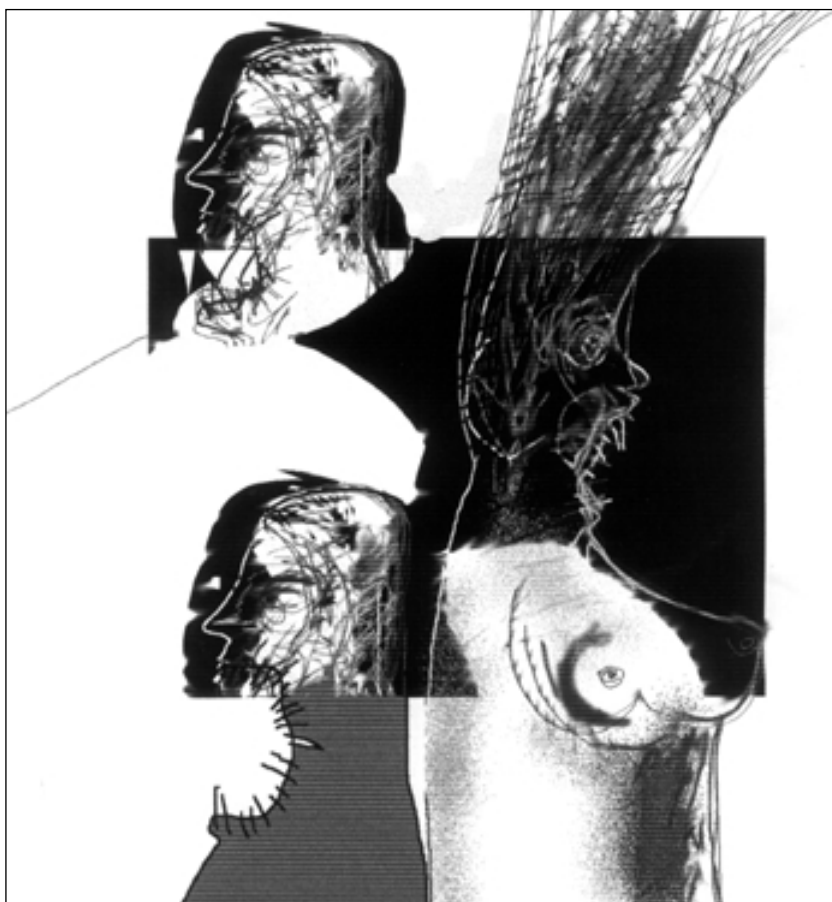
Esto, lo intuyo de muchacho, lo reconozco ahora, es demasiado alto. Es imposible vivir con el lenguaje y la pureza ética del Apóstol. No es posible ser apóstol, el apóstol número trece o quizás el número uno, el que se sienta a la diestra del Señor, en nuestro país. El muchacho que fui, el muchacho que entonces leyó a Martí, y sintió en su interior el fulgor y deslumbramiento de su preciso e inefable verso, su ritmo y pasión poéticos, y que sintió la ética álgida de su pensamiento, se asustó. Se sintió abrumado. Sintió ansiedad, la ansiedad de no poder subir tan alto, emular tal prócer perfección, tal enseñanza. Lo que fuera Milton para Coleridge, Shakespeare y William Hazlitt para Keats, Anatole France para Proust, Joyce para Beckett, Góngora para Lezama o Wallace Stevens para John Ashbery, tiene que haber sido en mí más tierna adolescencia José Martí para mí.

Imposible vivir a tal altura. Imposible alcanzar ese lenguaje, burilado y justo, salvaje y quieto, todo un Señor lenguaje. Mi habla cubanea, cambalacheando giros y sustituyendo mi carencia de palabras con palabras comodín y muletillas de palabras como lo son en mi país la palabra tareco, que se usa para todo, o la costumbre de decir “el eso” como en “pásame el eso”, refiriéndose, pongamos, al salero que está sobre la mesa, donde “el eso” sustituye el desconocimiento de la palabra salero, o se emplea por pura haraganería. Sin duda, repito, *Cuba tiene un problema de palabras*.

Y lo tuve y tengo yo, porque ahí está Martí, con su profundo sentir ético de la vida, y su profundo amor y respeto por el arte y la creación, que le hacen llamar a las cosas por su nombre, y combinar palabras de rara y curiosa forma, con el fin último, íntimo, intuitivo, de revelarse y revelar, revelarnos la verdad del mundo: una verdad, como sus versos, realmente sencilla. Y es que debemos ser buenos, martiana y machadianamente buenos (me refiero a Antonio Machado y no a ningún otro Machado): esta verdad sencilla, atributo y legado de Martí a mi país, legado y atributo revelado por palabras, es algo que yo no

pude asumir: yo lo esquivé, yo lo escurrí, yo lo evité. En algo más de tres mil poemas no he escrito apenas, ni apenas he invocado el nombre de Martí. No lo hice, creo, porque evitaba caer en una fácil retórica, esa misma retórica que hace que cualquier poeta evite emplear palabras demasiado altisonantes, usadas y abusadas, como pueden ser amor, muerte, tiempo, eternidad (buena para boleros), orbe, Dios. Pero tampoco invoqué su nombre, porque ese nombre contenía y contiene una tal enrarecida altura de amor y verdad que lo mejor es callarlo hacia afuera y recordarlo constantemente, como a un Cristo, a un Buda o a un Gandhi, hacia adentro.

Es lo mejor, evitarlo. Lo mejor es seguir viviendo esta ansiedad; esta ansiedad de su influencia y martirologio, la del Martí, mártir: lo mejor es dejar a Martí quieto, vivo como una interioridad personal, quieta y tranquila, y no como un objeto de poesía, un objeto de retórica, un fácil y socorrido recurso retórico que lo único que produce son malos poemas, malos discursos, mala oratoria, y pésimas y empobrecedoras consignas.



Lázaro Jordana. *Info dibujo* (1996).